

## CARTAS AL DIRECTOR

## Un pasillo entre la ilusión y la duda

*A corridor between illusion and doubt in times of natural disasters*

**Sr. Director:** Cuando comencé como becaria en la universidad donde me había formado, sentí que volvía a casa, pero con un rol completamente nuevo. Los mismos pasillos, las mismas aulas, incluso los mismos instrumentos, pero esta vez no era una estudiante más. Ahora estaba del otro lado, como profesional en formación, guiando a otros estudiantes y enfrentándome a pacientes reales.

La emoción de haber alcanzado este puesto era indescriptible. Sin embargo, junto con la alegría, llegó un reto que no había anticipado del todo: el juicio constante sobre mi juventud y mi capacidad. Aunque había pasado años preparándome, estudiando y perfeccionando mis conocimientos en podología, al llegar a la clínica universitaria me encontré con una realidad un poco más difícil de lo que esperaba. Los prejuicios sobre los jóvenes profesionales, las dudas sobre mi habilidad y las expectativas sobre qué significa ser una "buena podóloga" se presentaron ante mí con mucha más fuerza de lo que había imaginado.

Recuerdo una mañana particularmente intensa. Mi primer paciente del día era un hombre de unos 50 años, con diabetes y una úlcera en la planta del pie que necesitaba atención inmediata. Lo saludé con una sonrisa, intenté explicarle el procedimiento con claridad y empatía, pero noté su ceño fruncido. Por un momento, me sentí insegura, ya que no sabía si estaba interpretando correctamente sus reacciones.

“¿Tú eres la que va a tratarme?”, preguntó, frunciendo el ceño, como si se estuviera cuestionando seriamente si podía confiar en mí. Asentí con una sonrisa, intentando proyectar la confianza que no sentía al 100 %. “Así es, soy la podóloga. Estoy aquí para atenderle, además estoy supervisada por mis tutores, por lo que puede estar tranquilo”. Sin embargo, su respuesta me tomó por sorpresa. “No sé si confiar en alguien que parece tener la edad de mi hija”.

Intenté mantener la calma, pero no pude evitar que aquello me afectara. Sabía que mi juventud no debía ser un obstáculo, pero, en ese momento, sentí que todo el peso de la duda de mi paciente caía sobre mí. A pesar de mi formación, de mi conocimiento, de mis ganas de ayudar, no pude evitar pensar que su juicio estaba marcado por mi apariencia.

Respiré hondo y traté de no dejar que esas palabras me afectaran más de lo necesario. Sabía que no podía cambiar lo que pensaba en ese momento, pero sí podía demostrarle que estaba capacitada para el trabajo. Le expliqué cada paso del procedimiento con detalle, mencionando las bases científicas de las decisiones que iba tomando y dándole información clara sobre su patología. Poco a poco, noté cómo su actitud cambiaba. Al finalizar, agradeció mi atención con sinceridad, pero la inseguridad inicial quedó grabada en mí, como una marca invisible.

Este episodio me hizo reflexionar mucho sobre lo que significa ser una joven profesional en el ámbito sanitario.

¿Por qué mi edad debería ser un factor que influye en la confianza de un paciente? En muchos casos, las apariencias parecen pesar más que el conocimiento y la experiencia real. Sin embargo, decidí que no dejaría que esto me desanimara. Cada paciente es una oportunidad para demostrar mi valía, para ganarme su confianza con mi trabajo y dedicación.

Afortunadamente, no todos los pacientes eran así. Rosa, una señora mayor que vino a realizarse un estudio de la pisada, me mostró la otra cara de mi trabajo. Desde el primer momento, su actitud fue cálida y receptiva. Me escuchó atentamente, hizo preguntas sobre su patología, y al final del procedimiento me miró con una sonrisa: “Ojalá todos los profesionales tuvieran las ganas y la pasión que tienes tú”.

Ese contraste era algo que vivía casi a diario. Algunos pacientes me veían como una profesional dedicada, confiaban plenamente en mí y me ofrecían su respeto desde el primer momento; otros, en cambio, no podían evitar dudar, y sus prejuicios eran evidentes. Para algunos, el hecho de ser mujer y joven era suficiente motivo para cuestionar mi capacidad, mientras que otros se sorprendían por mi conocimiento y empatía.

Este tipo de contrastes me hicieron reflexionar sobre las diferentes percepciones que los pacientes tienen sobre nuestra profesión. Por un lado, algunos tienen una visión más tradicional, pensando que una podóloga debe ser una persona mayor o incluso un hombre para que se le otorgue una autoridad profesional. Para ellos, la imagen de un hombre de bata blanca encarna el concepto de médico, mientras que una mujer joven, con bata, es vista más como una “esteticista” que trata problemas superficiales. Por otro lado, están aquellos que no tienen prejuicios y que valoran el esfuerzo, la dedicación y el conocimiento por encima de cualquier otro factor.

Además, trabajar con los alumnos que estaban donde yo estuve hace apenas unos meses me enseñó una lección inesperada: todos estamos aprendiendo. Mientras los guiaba, no podía evitar verme reflejada en ellos, con sus dudas, sus logros y sus errores. Me di cuenta de que, en muchos aspectos, somos todos parte de un proceso de crecimiento continuo. A pesar de que ahora me encontraba en el papel de guía, en mi interior seguía siendo la estudiante que aún aprendía. Y, al mismo tiempo, comprendí que enseñar me ayudaba a aprender de nuevo las bases de mi profesión, pero con una perspectiva más profunda.

El hecho de ser docente, aunque fuera en un entorno de formación, me obligaba a revisar conceptos, a reflexionar sobre ellos y a compartirlos de manera clara y didáctica.

También descubrí que uno de los aspectos más valiosos de ser joven en esta profesión es la energía y la pasión que podemos aportar. Mientras que algunos de los pacientes dudan de nuestra capacidad por nuestra apariencia, otros logran percibir esa frescura y dedicación que solo los jóvenes pueden transmitir. Esa energía me impulsa todos los días a seguir adelante, a seguir aprendiendo, a ser mejor cada día. Mi juventud no es un impedimento, sino una ven-

## CARTAS AL DIRECTOR

taja. La pasión por la podología, por aprender más, por ayudar a los demás y por superar las adversidades es lo que me define como profesional.

Al final de cada jornada, por muy agotadora que fuera, regresaba a casa con la certeza de que estaba creciendo, no solo como podóloga, sino también como persona. La mezcla de confianza, inseguridades y desafíos eran parte del proceso, una prueba de que estaba viviendo mi vocación.

Si algo he aprendido en estos meses es que no puedo controlar cómo otros me perciben, pero sí puedo controlar cómo me enfrento a sus prejuicios: con conocimiento, empatía y, sobre todo, con la pasión que me llevó a elegir esta

profesión. Cada paciente, cada clase, cada momento de duda y cada agradecimiento son parte del camino que me ha llevado hasta aquí y que me impulsará hacia adelante.

Estoy decidida a seguir demostrando que, más allá de las apariencias, soy una podóloga competente y apasionada por lo que hago. Y, aunque la juventud a veces se vea como un obstáculo, yo sé que es lo que me da la fuerza para seguir aprendiendo, creciendo y mejorando cada día.

Silvia *Martínez Linhares*

Clínica Universitaria de Podología. Ponferrada, León

Dirección para correspondencia: Smartl06@estudiantes.unileon.es